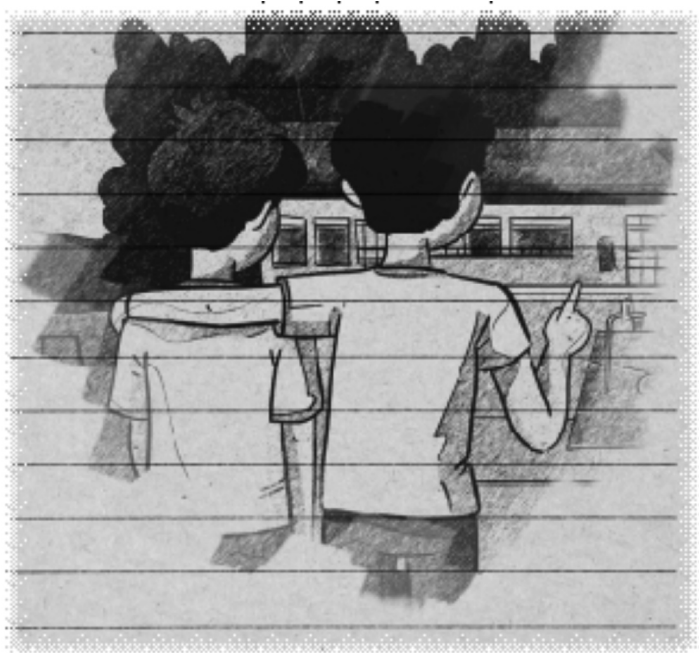






# EL PROYECTO DE PABLO



ÁNGEL UBACH ROYO

© 2023 Ángel Ubach Royo

© 2024, Alexia Editorial, S. L.

Primera edición: septiembre de 2024

ISBN: 978-84-125526-8-3

Deposito legal: M-22249-2024

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright.

# ÍNDICE

Septiembre	No es fácil ser adolescente	7
Octubre	Para qué dices nada	21
Noviembre	Por interés te quiero, Pablo	39
Diciembre	Hay que ser abiertos	55
Enero	Atrapados por la araña	77
Febrero	De triple	99
Marzo	Quien siembra vientos, recoge tempestades	115
Abril	Las ausencias	133
Mayo	¡Un campo de minas!	153
Junio	El primer día del resto de mi vida	171
	Epílogo	189



## NO ES FÁCIL SER ADOLESCENTE

No es fácil ser adolescente. Y os lo digo yo, que sé de qué hablo... Me llamo Pablo Mojave, tengo catorce años y soy adolescente... Bueno, adolescente y alguna otra cosa, o eso me han dicho. De pequeño me diagnosticaron un trastorno del espectro autista, no sé qué de la comunicación social y algo más. Supongo que era porque a esa edad me alucinaban los dinosaurios. Después, hacia los diez años, les dijeron a mis padres que tenía altas capacidades. Si lo he entendido bien, las altas capacidades son algo un poco confusas hasta para los adultos. La palabra mezcla tanto a chicos superdotados como a los que tienen algún tipo de talento o facilidad. Será por etiquetas... Llámame listillo o bueno en mates y ya está. Pero no, quisieron ponerle un nombre. Así que sí, soy adolescente, autista y con altas capacidades y no, no es fácil ser adolescente.

Os preguntaréis qué hago escribiendo esto. Yo me lo preguntaría... Pues bien, os cuento. Esto es lo que se

llama «Mi proyecto de enriquecimiento», un proyecto por grupos que se hace en el cole que debe motivar y hacer que los chicos de altas capacidades den el cien por cien. No me apetecía hacer un proyecto con otros chicos de altas capacidades (ya me iréis conociendo, pero las palabras *grupo* y *yo* no suelen ser compatibles), por eso propuse escribir un libro, una especie de autobiografía centrada en mi adolescencia y en la de mis compañeros. Lo bueno es que como no era mucho trabajo para ningún profesor, ni que se tuviera que preparar un material específico para mí, dijeron que sí con una condición: que tratara de hablar de temas importantes e interesantes de cada mes y no de qué me llevaba el bocata del almuerzo ese día. Por eso tengo que aparentar que trabajo, que me concentro y que tengo algo que contar al mundo... Como si mi autobiografía fuera la de un famoso como Messi, Freddie Mercury o Elon Musk.

Así que nada, aquí me tenéis, enrollándome como una persiana y pensando que tampoco debo pasarme mucho de gracioso porque, si no, el profe que lleva el proyecto de enriquecimiento, Miguel, me lo tirará por tierra. Eso significa que tendría que meterme en algún grupo con el resto de los frikis, perdón, de chicos con altas capacidades, en lo que están haciendo ellos. Para vuestra información, al resto le ha tocado hacer una revista *online* para el cole. Unos cuantos crean la web,



otros buscan contenidos, algunos hacen entrevistas, etc. El proyecto en sí *está* entretenido, pero hay que trabajar mucho en equipo y esperar a que otros hagan sus partes, y eso es algo que no llevo bien... Lo más probable es que acabara impacientándome, haciendo la parte que no me toca, el otro diciéndome que eso le tocaba a él, yo respondiéndole que haber espabilado, él diciéndome que soy un capullo y yo mirándole con aires de superioridad... Paso.

Pues bien, este año empiezo tercero de la ESO en el colegio Santa Hildegarda de Bingen, de Barcelona. No es un nombre muy bonito, pero es el que tuvo esta santa que nació en el sacro Imperio romano germánico... Tampoco era un nombre muy bonito para un país, la verdad, pero era el que tenía una zona que ahora mismo es Alemania. Para vuestra información, el colegio se conoce como Bingen, para acortar y esas cosas... Pero bueno, dejémonos de nombres, que por lo que se ve, no es lo nuestro. Quedaos con que me llamo Pablo y que voy a un cole de Barcelona. Me encantaría hacer como en Harry Potter y deciros cómo es en plan molón, pero la verdad es que tengo ciertos problemas con lo de describir espacios y guiaros, así que me voy a rendir y no voy a explicaros cómo es todo mi colegio (espero que Miguel no me haga borrar esta parte y describirlo). Solo diré que cuando alguien llega al Bingen exclama «Madre mía, ¡esto es como un labe-

rinto!», y es verdad... Al principio, lo parece. Luego ves que todo es igual, que tiene truco y que no es para tanto...

Ahora mismo estoy en una de las salitas del Departamento de Orientación (los psicólogos) que está muy cerca de recepción, junto a los despachos de tutoría. Como es época de COVID, suelo dejar la puerta abierta, excepto si alguien tiene que hacer una tutoría cerca y necesitan que la cierre. El tener la puerta abierta tiene sus pros y sus contras: contras, que hay ruido de fondo; pros, que me entero de la mitad de los cotilleos del colegio. Por ejemplo, el otro día un profesor de primaria que tuvo hace años se fue en bici por la montaña y casi se mata. Han tenido que coger a un sustituto hasta que se recupere... Y eso lo sé porque la recepcionista se lo ha contado a medio colegio y también a varios padres que preguntaban. Alguna semana ha coincidido que necesitaban la salita y me han enviado a una mesa de trabajo que está cerca de la sala de profes y allí me entero de la otra mitad de cotilleos del colegio... (Miguel, cuando leas esto y lo corrijas, no digas nada, por favor. A cambio te contaré el mote que te han puesto algunos profes).

Pues bien, empezaré mi fascinante, trepidante y maravillosa autobiografía contándoos mi fantástica vuelta al cole. Tampoco esperéis que sea muy largo, me dan cuatro horas al mes para este proyecto. En concreto, los

jueves a las 15.30 me salto una hora de Inglés para hacer esto (tenemos cinco horas semanales de esa asignatura, así que es ponerse un poco al día y eso no me cuesta); así que os resumiré un poquito el mes y os contaré lo más importante.

Os recuerdo que estamos en septiembre, vengo de un veranito en familia y de ingeniármelas para hacer lo que me da la gana a todas horas... Y de pronto empieza el cole. Se acabó el hacer lo que me peta. Toca readaptarse, volver a ver a todo el mundo, pensar en cómo habrá cambiado todo, los nervios al imaginar posibles problemas o situaciones nuevas...

Al final llegué al Bingen a las nueve menos veinte y esperé ante las puertas cerradas del cole (no puedo evitar ser puntual, aunque luego me arrepienta de haberlo sido). Poco a poco, la gente fue llegando; muchas caras conocidas y alguno que otro de mi clase. Cuando me cansé de esperar solo y de ver que nadie venía a saludar, pululé de un grupo a otro, acercándome nervioso sin saber qué decir ni cómo entrar en los grupos. Evité el grupo de «los malotes» –Martín, Vicente, Fernando, Santi...– para no empezar con mal pie (nadie los llama de esa forma, pero los he bautizado así en mi cabeza); me acerqué al grupito de Andrea, Manu, Ester y Felipe, pero más allá de cruzarnos las miradas y algún sencillo «hola», no me paré demasiado porque, al parecer, estaban muy motivados contándose algún juego nuevo

al que habían estado jugando *online*; saludé a Sara, que levantó dos segundos la mirada del móvil, soltó un «¡Ey! Buenas» no demasiado entusiasmada y luego volvió a clavar sus ojos en el móvil. Miré alrededor buscando a André, pero como siempre, llegaba tarde...

Por fin, después de varios revoloteos y de pasarlo mal –dicho sea de paso–, las puertas se abrieron y pude entrar directo... Bueno, casi directo porque tuve que averiguar dónde se encontraba mi nueva aula y, como un rebaño de ovejas, subimos las escaleras apretujándonos para tratar de llegar a la clase que nos tocaba.

Una vez que nos pusimos cada uno en su pupitre, incluido André el tardón, la nueva tutora, Mercedes, nos dio la bienvenida, habló de nuestro horario de ese curso y nos comentó algunos recordatorios:

–¡Buenos días, alumnos de tercero A! Estoy muy contenta de ser la tutora que os acompañará este año, además de daros la clase de Matemáticas, bla, bla, bla –vale, está claro que no dijo “bla, bla, bla”, pero intento acelerar para ir a lo que os quería comentar... Eso y que soy incapaz de retener toda la parrafada que nos soltó para empezar–. Como ya sabréis, por motivo del COVID es necesario que las ventanas y las puertas estén abiertas todo el tiempo que sea posible. Por tanto, no cerraremos las puertas de las clases al bajar al patio.

¡¡Vamos!! Sí, sí, también habló de las mascarillas, del gel hidroalcohólico, de desinfectar y limpiar las mesas,

de los grupos burbuja, etcétera. Pero dijo justo lo que quería oír, ¡Genial! Lo que quiero que entendáis es que, con lo que me había costado el rato muerto antes de entrar al colegio, las horas del patio son, para mí, infernales. Podría hacer os un listado de los motivos, pero lo resumiré diciendo que pueden darte un balonazo y reírse de ti; que hay más probabilidades de que se metan contigo, sobre todo el grupo de malotes; o de que te miren de forma despectiva el grupo de las guapis (no, a ellas tampoco las llama nadie así). En resumen, que el deambular solo e intentar iniciar conversaciones en los grupos suele ser un pelín estresante para mí y sí... soy un *nerd*, un friki, un bicho raro, pero no soy masoca, y en los patios lo paso mal. Pero no soy el único... Digamos que, en clase, André piensa lo mismo, aunque claro, no lo decimos. No vamos a reconocer que no bajamos por miedo a que se metan con nosotros o por sentirnos observados, ¡no! Simplemente afirmamos que en clase se está más a gusto y tranquilo y que no hay tanto jaleo.

Por eso, escuchar que las aulas iban a estar abiertas durante las horas del patio me sonaba a música celestial. En esas estaba yo, maquinando y pensando cómo escabullirme sin que los profes me hicieran bajar. Después de la primera hora con Mercedes, tuvimos Física y química con Albert. No iba a ser una asignatura fácil, pero vamos, que tampoco me voy a parar a contároslo.

Lo importante es que, cuando acabó esa clase, sonó el timbre que indicaba que era la hora del patio. Os describo la situación: suena el timbre, todos bajan, me miro con André en un silencio de complicidad, voy al baño y él hace como que busca algo en su mochila. Espero unos segundos, tardo lavándome las manos y, cuando salgo del baño, ya no queda nadie en clase, a excepción de André, claro. Así que ¡misión cumplida! Nos sentamos y empezamos a hablar, pero más tranquilamente.

André es un buen amigo del colegio. A él también le gusta hablar de tú a tú, por eso nos llevamos bien. No se nos dan bien los grupos, pero él no se rinde. Trata de liderar los trabajos en grupo, de ayudar, se preocupa por los demás... Es un buenazo, pero de gustarle los grupos de trabajo a querer estar en el patio hay un trecho. Así que allí nos resguardamos los dos, hablando de nuestros veranos, de lo guapa que se estaba poniendo Sara y de los ojazos que tenía cuando los separaba del móvil, de lo gilipollas que eran algunos, de que habría que votar nuevos delegados, etc. Estamos tranquilos, lejos de los balonazos, de los insultos de unos y los desprecios de otros o de, simplemente, ser invisibles.

Podría preguntarme por qué cuento esto. ¿Es que acaso no lo va a leer Miguel? Pues sí, lo va a leer, pero qué más da... Da igual porque fue Miguel quien, pasando por los pasillos para evitar que alguien hiciera lo

que nosotros estábamos haciendo, nos pilló y nos acompañó muy amablemente –nótese la ironía–, muy pero que muy amablemente, al patio.

Y así fue como mi plan maestro se vio arruinado desde el primer día de septiembre... Tengo que reconocer que una vez abajo tampoco estuve mal. Hacía solecito, pasé un rato con André, y luego Manu y Andrea vinieron a preguntarnos qué había pasado.

–Bueno, queríamos quedarnos arriba, pero nos han pillado.

–Era evidente que lo ibais a intentar –dijo Andrea dándole un codazo a Manu.

–Supongo que sí –admitió André.

Llegados a este punto, creo que es importante hacer una aclaración para que no haya líos... André y Andrea son muy distintos. André es un chico majete, tímido pero generoso con los de su edad y muy pelota con los profes. Andrea es más sociable (aunque no va ni con las guapis ni con los malotes), sus padres se separaron hace años y lo lleva fatal. Al parecer, en las dos casas la tratan como un trasto viejo que estorba... Ella se mete en Netflix, viendo series manga y escuchando k-pop raro... Perdón por el inciso para distinguir a André de Andrea, pero me parecía que, si no, más de uno se iba a liar (¿verdad, Miguel?).

Después de eso nos quedamos charlando un rato sobre la nueva tutora, lo que sabíamos de ella y sobre

algún que otro profe que íbamos a tener ese año. Sonó el timbre y, mientras subíamos a las clases, me crucé con Noe, mi hermana prodigio. Sí, la misma hermana prodigio, simpática, extrovertida y sociable que estaba rodeada de amigos, riendo a carcajada limpia y que, cuando me vio, me dedicó una mirada de desprecio... Me echó «la miradita» y luego siguió como si nada, hablando con sus amiguetes mayores de a saber tú qué chorrada.

–Esa era tu hermana, ¿no? –me preguntó Andrea, y tengo que reconocer que me tocó las narices la preguntita.

–Era y es, por desgracia para los dos... –contesté seco.

Cómo ha cambiado la tía (aclaro: ha cambiado mi hermana Noe, no Andrea. Andrea está como siempre).

No sabíais que tenía una hermana, ¿a que no? Claro, si es que todavía no me conocéis. En realidad, tengo tres hermanos. Por orden de nacimiento está Noe, que tiene dieciséis; el menda (es decir, yo), que tengo catorce; Irene, que tiene siete y Tomás, que tiene dos. La verdad es que me llevo bien con todos, pero hace un par de años que Noe está distinta conmigo... Bueno, conmigo y con mamá, papá y con los enanos. Va a su bola, se encierra en su habitación y parece que lo único que le hace ilusión es salir de copeo con sus amigos y subir fotos a Inta. Este año Noe empieza primero de Ba-



chillerato, Irene segundo de Primaria y Tomás segundo de parvulario. Ya los iréis conociendo, pero era para que los tuvierais en mente...

El resto del primer día no tuvo nada más destacable. Pasaron las clases de la mañana, fui a comer a casa, volví por la tarde y regresé a casa. De hecho, septiembre pasó como un suspiro, estrenando libretas, conociendo a nuevos profes, etc.

Una cosa más sucedió en septiembre. La tarde del jueves 23, Miguel nos sacó de clase de inglés, un profesor al que solo conocía de vista. Es fantástico y enrollado, majísimo como pocos... Pero vamos, que llamó a cuatro alumnos de nuestra clase –André, Fiona, Sara y el menda– y a otros cuatro de la otra. En total, ocho. Nos llevó a una clase más pequeña y nos explicó que formábamos parte del grupo de enriquecimiento a los que se les propone una actividad extra dentro del horario escolar y habló del tema de la revista... Me voy a ahorrar los detalles, solo decir que gracias al fantástico, enrollado y majísimo como pocos Miguel, estoy haciendo este trabajo paralelo. Tengo que agradecersele.

Ese jueves por la tarde André me llamó al móvil (lo cual me sorprendió, porque nunca llama, si acaso escribe por WhatsApp, pero no telefonea):

–¿Estás loco? ¡Vamos a trabajar codo con codo con Sara y Fiona. Te encanta Sara desde que llegó al colegio, me lo has dicho quinientas noventa y cuatro veces,

y vas y le pides a Miguel que quieres hacer un proyecto solo –gritaba.

–Sí, André...

–Me dejas a mí con ellas y con los de la otra clase. ¡Me dejas tirado, Pablo!

–Sí, André... Lo siento.

No sabía qué más decirle... No quería ponerme nervioso, no quería agobiarme, no quería tener que hacer un proyecto y debatirme entre quedar bien con los demás y callarme todos los errores que fueran cometiendo. Me pongo muy nervioso, me colapso, me quedo en blanco, parezco lelo...

–¿Ya está? ¿«Sí, André» y «lo siento»? ¿No vas a decir nada más? –Se notaba por su tono que la conversación no estaba yendo por donde el quería.

–No, André...

André se quedó unos segundos pensando al otro lado del teléfono y volvió a la carga:

–¡Pues que sepas que me voy a ligar a tu *crush*!

–¡Ja, ja, ja! No te lo crees ni tú. –Esa sí que era buena. Menudo flipado.

–No, realmente no. Sara está bastante fuera de nuestro alcance...

–Pues sí. ¡Sobre todo del tuyo! –André soltó una carcajada al oírme.

–Entonces ¿nada de lo que diga podrá hacerte cambiar de opinión?

–No. Pero gracias por llamar.

Es majo André. Me tiene cariño, se preocupa por mí y, aunque es un personaje, se le coge cariño...

Y con esto voy a ir concluyendo mis cuatro horas de trabajo de septiembre... Quería presentarme un poco, que conocierais el Bingen y poco más. Este mes me lo he currado. A pesar de que empezamos el 13 de septiembre, no se nos dijo nada del proyecto hasta el 23, y solo me quedó el jueves 30 para escribir. Las otras tres horas las he hecho en mi casita... Que conste, Miguel.

Así que, como veis, no es fácil ser adolescente. Nada fácil.

¡Eh! Esperad un momento. ¿Estáis pensando que hablo por mí? Que yo diga que no es fácil ser adolescente y que lo sé porque soy adolescente no quiere decir que lo diga por mí. Bueno, claro, por mí también, pero no solo por mí. No. Ser adolescente no es fácil para nadie, y os lo voy a mostrar para que lo entendáis mejor. No me van a faltar ejemplos... Lo vais a ver.